

## “Es una lucha constante”. Análisis de experiencias de jugadoras de fútbol en la Argentina.

Martín Álvarez Litke\*

RESUMEN: Este artículo pretende recuperar la experiencia de las futbolistas en la Argentina en el periodo inmediatamente anterior a la profesionalización y analizarla en relación con las estructuras sociales en las cuales se inserta. A partir de las categorías de experiencia y agencia, y basándonos en entrevistas a jugadoras de fútbol, analizamos las trayectorias de mujeres que sostienen una práctica deportiva en condiciones de extrema desigualdad y en un ámbito profundamente machista, partiendo de los siguientes interrogantes: ¿qué continuidades y rupturas existen en las experiencias de mujeres futbolistas? ¿Cómo se relacionan estas experiencias con las estructuras de género de nuestra sociedad, y de qué manera se expresa esta relación en el fútbol? ¿Hasta qué punto el feminismo se constituye en marco de interpretación de esas experiencias y cómo articula la lucha contra la desigualdad de género en el deporte?

*Palabras clave: experiencia, agencia, fútbol*

ABSTRACT: This article aims to present the experience of female soccer players in Argentina in the period immediately prior to professionalization and analyze it in relation to the social structures in which it is inserted. Drawing on the categories of experience and agency, and based on interviews with football players, we analyze the trajectories of women who sustain a sporting practice in conditions of extreme inequality and in a profoundly macho environment, guided by the following questions: what similarities and differences are there in the experiences of women soccer players? How are these experiences related to the gender structures of our society, and in what way is this relationship expressed in football? To what extent is feminism a framework for the interpretation of these experiences and how does it articulate the fight against gender inequality in sport?

*Keywords: experience, agency, football*

## 1. Introducción: *Tudo é bola*

En septiembre de 2018 asistí al 1° Encuentro de la Red de Investigadores sobre Fútbol Femenino en la ciudad de San Pablo, junto a Mónica Santino y Juliana Román Lozano, integrantes de La Nuestra Fútbol Feminista, organización con la que llevo adelante una investigación etnográfica desde el año 2016. Durante un tiempo libre entre los paneles, aprovechamos para visitar el Museo do Futebol que se encuentra en el histórico Estadio Pacaembú. Explorando el museo, Mónica y Juliana se emocionaron por las menciones a las grandes jugadoras brasileñas que aparecían a la par de los jugadores varones. Ver reivindicadas las trayectorias de jugadoras como Marta, Sissi, o Formiga en un museo representaba para ellas un reconocimiento simbólico muy importante para el fútbol femenino. A mí, sin embargo, lo que más me impactó de todo el recorrido por el museo fue una pequeña exposición titulada *Tudo é bola*,<sup>1</sup> que celebraba *la facilidad que tenemos de jugar al fútbol con cualquier cosa que se pueda patear*. Allí estaban dispuestos detrás de una vitrina una serie de elementos: una lata de gaseosa aplastada, medias enrolladas, un bollo de papel y cinta adhesiva, un limón, una piedra. Podía reconocer varios de esos elementos como objetos que había utilizado junto a mis compañeros para jugar al fútbol durante los recreos en la escuela. Ahora bien, entre todas esas pelotas artesanales había un elemento que nunca había utilizado y que llamó mi atención: la cabeza de una muñeca. La presencia de ese objeto les causaba gracia y ternura a Mónica y Juliana, pero no las sorprendía como a mí, para quien se trataba de una presencia extraña, ajena a mi experiencia lúdico-deportiva como varón (con dos hermanos también varones). Ese momento en el que se puso en diálogo mi experiencia con la de las futbolistas que me acompañaban se convirtió en una instancia potencial de construcción de conocimiento etnográfico.

Por otra parte, esa no era la primera vez que la cabeza de una muñeca aparecía en mi investigación. Una futbolista de Boca Juniors ya me había relatado cómo decapitaba a sus muñecas para *jugar a la pelota*.<sup>2</sup> Luego volvería a encontrar a la muñeca decapitada en la historia de Amalia Flores relatada por Ayelén Pujol en su libro *¡Qué jugadora!* (2019: 187). Así, ese momento en el museo comenzó a anudar la experiencia de mujeres de diversos orígenes y contextos sociohistóricos que compartían el amor por el fútbol. Frente a la imposibilidad de jugar con una pelota, muchas niñas se las ingeniaron para jugar con lo que tenían a mano, sus muñecas, mutiladas como lo hacía Sid Phillips, aquel siniestro personaje de Toy Story, pero para crear un juguete nuevo, acorde a sus deseos. La decapitación de muñecas se me presentó como un poderoso símbolo del rechazo a un mandato impuesto a las mujeres y de una elección (más o menos consciente) de un juego que había sido asociado culturalmente a los varones.

Visibilizar las experiencias compartidas de las mujeres ha sido uno de los mayores logros del feminismo, para dar cuenta del carácter político de vivencias aparentemente personales, develando las estructuras de poder que configuran esas experiencias y luchando por transformarlas. En el fútbol femenino, este proceso de visibilización se encuentra en pleno devenir. En los últimos años las jugadoras han expuesto las precarias condiciones en las que llevan adelante su práctica deportiva y han luchado por modificar esta situación, obteniendo logros importantes -si bien en disputa- como la profesionalización de la disciplina. Este artículo se inscribe en este marco, en tanto pretende recuperar la experiencia de las futbolistas en la Argentina en el periodo inmediatamente anterior a la profesionalización y analizarla en relación con las estructuras sociales en las cuales se inserta. Intentaremos interpretar las trayectorias de estas mujeres que sostienen una práctica deportiva en condiciones de extrema desigualdad y en un ámbito profundamente machista, partiendo de los siguientes interrogantes: ¿qué continuidades y rupturas existen en las experiencias de mujeres futbolistas? ¿Cómo se relacionan estas experiencias con las estructuras de género de nuestra sociedad, y de qué manera se expresa esta relación en el fútbol? ¿Hasta qué punto el feminismo se constituye en marco de interpretación de esas experiencias y cómo articula la lucha contra la desigualdad de género en el deporte? Para esbozar algunas reflexiones en torno a estas preguntas me basaré en entrevistas realizadas entre el año 2016 y el 2018 a nueve jugadoras de fútbol

<sup>1</sup> La traducción literal del título de la exposición es “todo es pelota”.

<sup>2</sup> En este artículo utilizaremos itálicas para señalar las categorías nativas utilizadas en el campo.

que, al momento de ser entrevistadas, jugaban en el torneo de primera división de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), en los clubes Boca Juniors, River Plate, UBA, UAI Urquiza, San Lorenzo y Sociedad Hebraica.

## 2. Experiencia y agencia en el fútbol femenino

El valor del concepto de experiencia para las ciencias sociales ha sido largamente debatido. La polémica en torno a la experiencia, entendida como una vivencia personal, gira en torno a la posibilidad de su comunicación. En este sentido, Martin Jay sostiene que a pesar de que la experiencia es “algo que debe ser atravesado o sufrido en lugar de adquirido de manera indirecta, no obstante puede volverse accesible para otros a través de un relato ex post facto (...) que la transforme en una narrativa llena de sentido” (2002: 11). De esta forma, la experiencia se encuentra en la intersección entre la subjetividad privada y el lenguaje público, en la tensión entre lo inefable de la vivencia individual y la cultura compartida (Jay, 2002: 11).

Ese concepto ha sido especialmente importante en la historia del feminismo. Frente a la construcción de un saber científico que se pretendía neutral y objetivo, borrando sus condiciones de producción, la teoría feminista asumió el carácter parcial y situado del conocimiento producido desde la experiencia. Según Catalina Trebisacce, la experiencia como herramienta epistemológica y política fue el gran aporte de los estudios de género al saber académico:

“La experiencia fue citada a dar testimonio de formas de dominio y de opresión productoras de sujetos subalternos. Sujetos dos veces subalternizados a efecto del poder de forclusión<sup>3</sup> desplegado por el propio conocimiento científico. (...) La experiencia fue invención resistente, estrategia de disputa (...) para visibilizar (...) poderes naturalizados que nos producen subalternos, al tiempo que nos niegan. Fue, también, y por ello, fuerza corrosiva de esos poderes” (2016: 289).

Se advierte aquí que el valor epistemológico de la experiencia consiste en que permite develar el conjunto de relaciones estructurales que la articulan. En este sentido, tanto Trebisacce como Joan Scott advierten respecto de los peligros de tomar los relatos de experiencias como elementos que tienen valor en sí mismos: “los relatos biográficos presentan un valor para el conocimiento y para la política en tanto y en cuanto consiguen hablar de una historia, de un contexto, de relaciones sociales” (Trebisacce, 2016: 290). Para Scott, “no son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia”, y la experiencia, por tanto, se convierte en “aquello que buscamos explicar, aquello acerca de lo cual se produce el conocimiento” (1999: 49-50). En este sentido, Trebisacce advierte que uno de los problemas de tomar las experiencias como “verdades” o “evidencias” es que de esta manera se oscurece “la condición constructivista de todo relato de sí, que se estructura a partir de las categorías disponibles para narrarse y (...) su condición dialógica, que funciona condicionando el relato experiencial en función del interlocutor especulado y las expectativas imaginadas de éste” (2016: 293).

Teniendo en cuenta esas consideraciones, creemos que recuperar la experiencia de las mujeres futbolistas constituye un aporte a la comprensión de las formas en que se expresa la desigualdad de género en el deporte y de la manera en que las jugadoras construyen su subjetividad y negocian con las estructuras de poder. En el ámbito del fútbol, la doble subalternización de mujeres y disidencias se pone de manifiesto por un lado en su exclusión de la participación en el juego y en las narrativas del deporte, y por el otro en su invisibilización en los análisis académicos, donde fueron sistemáticamente relegadas, privilegiando la mirada desde y sobre los hombres -ya sea como deportistas, hinchas o dirigentes- (Moreira y Alvarez Litke, 2019: 101). Este androcentrismo en los estudios sociales del deporte ha contribuido a reforzar los estereotipos de género en el deporte, (re)produciendo jerarquías de género.

---

<sup>3</sup> El concepto de forclusión hace referencia a un repudio fundacional, en el que lo excluido persiste como negatividad definitoria y constitutiva, en este caso, del conocimiento científico (Ver Butler, 2002: 19-20; 270).

Estudiar un ámbito como el deporte, en el cual la superioridad masculina es presentada como “natural” (Hartmann-Tews y Pfister, 2005), plantea una serie de desafíos a la hora de interpretar el accionar de las actrices. Mientras Janson lamenta que “la politización de las deportistas es poco común” (2008: 32), dando cuenta de una visión acotada del accionar político que lo reduce a sus expresiones más visibles, Elsey y Nadel insinúan que la persistencia de las futbolistas en sostener su práctica futbolística frente a los mandatos sociales podría ser entendida como “feminista”, más allá de la identificación de las protagonistas con este movimiento (2019: 9). En línea con esta postura, he afirmado en un trabajo anterior que “un grupo de mujeres jugando juntas al fútbol constituye un acto transformador en sí mismo” (Alvarez Litke, 2020: 24). Ahora bien, jugar al fútbol no convierte a las mujeres en feministas, y no oponerse abiertamente a quienes dominan el fútbol tampoco implica que estén despolitizadas.

Para superar esta disyuntiva, en este artículo pretendemos profundizar en las condiciones que posibilitan la transformación del fútbol, a partir de la categoría de agencia propuesta por Sherry Ortner, en tanto nos permite indagar respecto de “cómo las personas viven una vida significativa desde el punto de vista cultural en situaciones de dominación a gran escala ejercida por un otro poderoso” (2016: 165). La propuesta de esta autora abreva en la teoría de la práctica y su supuesto fundamental de que la cultura constituye a los actores sociales, a la vez que éstos reproducen y/o transforman la cultura a través de sus prácticas cotidianas. La noción de agencia remite a esta capacidad de las personas para actuar, entendiendo que ésta se encuentra siempre constreñida por la posición de los sujetos en la estructura social y por el entramado de relaciones sociales en las que están inmersos. Ahora bien, Ortner distingue analíticamente entre dos campos de significado asociados a la idea de agencia: uno remite a la actuación en el marco de relaciones de desigualdad social e implica ejercer o resistirse al poder; el otro se vincula a la intencionalidad y la prosecución de proyectos definidos culturalmente (2016: 161). Si bien ambos sentidos de la agencia se yuxtaponen, Ortner considera la agencia de los “proyectos” como la dimensión fundamental, aquella que los sujetos subalternos buscan sostener a través de “la creación o la protección de sitios que están, literal o metafóricamente, ‘en los márgenes del poder’” (2016: 167). Estos proyectos pueden expresarse como simples objetivos, intenciones o deseos individuales, pero se trata siempre de construcciones culturales.

Analizar las experiencias de las jugadoras de fútbol mediante esa categoría de agencia nos permite dar cuenta de las formas en que las sujetas interactúan con las estructuras de poder, superando la dicotomía entre dominación y resistencia. El objetivo es comprender cómo se expresan los proyectos, objetivos, deseos e intenciones de las jugadoras en un ámbito extremadamente machista, dominado desde la dimensión lúdica, productiva y política por los hombres (Branz, 2008). Se trata de proyectos con profundo significado cultural en cuanto responden al deseo de jugar y participar de un deporte constitutivo de las narrativas de la identidad nacional, pero ubicados en los márgenes en tanto esas narrativas y esas prácticas se cristalizaron como ilegítimas e inadecuadas para ser expresadas en cuerpos femeninos. En ese sentido, son proyectos que operan a contrapelo de la cultura hegemónica. En un contexto en el cual el fútbol se ha convertido en una causa del feminismo, retomar esta conceptualización de agencia nos invita a preguntarnos por las condiciones que permiten que la defensa y prosecución de esos proyectos se transforme en una disputa abierta de la dominación y una posibilidad de transformación estructural en el deporte.

Por último, entendemos las experiencias presentadas en este artículo como construcciones sociales, relatadas por las futbolistas con las categorías disponibles en el momento de su narración y en diálogo con un interlocutor específico, el antropólogo, en quien depositan una serie de expectativas en torno a la posibilidad de visibilizar sus problemáticas. No pretendemos presentar estas vivencias como “verdades”, ni nos arrogamos la potestad de “darle voz” a las sujetas. Reconociendo la parcialidad de toda construcción de conocimiento, el objetivo de visibilizar las historias de opresión compartidas por mujeres futbolistas se inscribe en un posicionamiento en pos de la igualdad de género. En este sentido, coincidimos con Goellner en que “reclamar para las mujeres el derecho a reivindicar el deporte como un espacio de

ejercicio de libertades que también es suyo, más que un desafío académico, es una necesidad política<sup>4</sup> (2007: 191, traducción propia).

### 3. Amor a primera vista: la iniciación en el fútbol

¿Cómo llega una mujer a ser futbolista, en un país donde el fútbol es considerado un deporte masculino? Para las jugadoras entrevistadas, ese proceso comenzó en su infancia, y su experiencia como niñas se caracteriza por haber sido las únicas mujeres jugando en un grupo de varones, ya se trate de hermanos, primos, o vecinos del barrio. Frente a la pregunta ¿cuándo empezaste a jugar al fútbol?, las respuestas recabadas resultan similares:

*Con mujeres juego desde los 11 años, en un equipo de mujeres. Pero antes jugaba con varones. No sé, nací con la pelota. (Jessica<sup>5</sup>, Boca, 26 años)*

*Yo arranqué jugando a los 5 años, en Rosario. De los 5 a los 11 jugué en una escuelita de fútbol con varones, porque no había de mujeres. Y arranqué más que nada por mi hermano mayor. Él me mostró la pelota y me enamoré así de una, fue como amor a primera vista [sonríe]. Y de ahí no la solté nunca más. (Yanina, UBA, 24 años)*

*En general, desde chiquita... chiquita digo 2, 3, 4 años. Tengo un hermano varón, mis primos varones, que nos juntábamos en lo de mi abuela. No había posibilidad de jugar a las muñecas [se ríe], así que claramente era jugar al fútbol. (Lorena, Boca, 29 años)*

*Creo que desde que tengo uso de razón, desde que me acuerdo, juego al fútbol. (...) Al tener dos hermanos más grandes, en ese momento no había vecinos chiquitos para jugar, entonces nada, uno atajaba y el otro atacaba, faltaba alguien para marear, y desde que aprendí a caminar me metían a jugar con ellos. Y desde que tengo uso de razón, no salí más de esto, jugué toda mi infancia en clubes con varones, en el barrio con varones y quien quisiera jugar, porque habían chicas que por ahí jugaban un ratito y listo. Pero no, yo me metí de tal manera que me encantó, me fascinó. (Lucía, Boca, 21 años)*

La posibilidad de compartir instancias lúdicas de la primera infancia con varones aparece como una de las claves para explicar el acercamiento de las protagonistas al fútbol, por el cual desarrollaron amor y fascinación. En algunos relatos se evidencia la tensión con el mandato de jugar con las muñecas, que aparecen como la contracara de la pelota, marcando las fronteras de género que las jugadoras traspasaban:

*Yo era chiquitita, un gnomo, y me regalaban... esta es una anécdota que yo siempre cuento... me regalaban muñecas, que eran como Rugrats... ¡los bebotes! Me regalaban bebotes y yo les sacaba la cabeza [risas]. Pero no era para decir, "uy, qué asesina", era porque yo les decía que quería jugar al fútbol, y en ese momento y en un pueblo, de pedo que jugaban los varones al fútbol, decían "¡uy, ésta está loca!". Bueno, mis viejos igual siempre me apoyaron, pero mis tíos, no sé, me regalaban para el día del niño un bebote, mis abuelos, una muñeca, entonces nunca coincidió. Entonces yo le veía la forma redonda, le sacaba la cabeza y me ponía a jugar al fútbol. (Lucía, Boca, 21 años)*

La historia de Lucía muestra cómo, frente a la insistencia familiar para introducirla en un universo lúdico femenino, ella encontró la forma de sostener el juego que le gustaba. La decapitación de muñecas para convertir sus cabezas en pelotas de fútbol nos remite a la anécdota inicial de este artículo en el Museu

<sup>4</sup> Cita original: "Reclamar às mulheres o direito de reivindicar o esporte como um espaço de exercício de libertades que também é seu, mais do que um desafio acadêmico é, sim, uma necessidade política" (Goellner, 2007: 191).

<sup>5</sup> Los nombres de las protagonistas han sido modificados para preservar su anonimato.

do Fútbol de Brasil, y conecta la historia de Lucía con las de futbolistas de generaciones anteriores. La elección por el fútbol alejó a las jugadoras de las expectativas familiares y de un mundo femenino - simbolizado por las muñecas- que no se correspondía con su deseo.

En este punto, es interesante reflexionar sobre la forma en que estas experiencias iniciales afectaron la trayectoria de las jugadoras y su construcción como futbolistas, y preguntarnos por las condiciones que les permitieron sostener sus “proyectos” deportivos. Las familias aparecen como protagonistas fundamentales en este proceso, ya sea apoyando a las jugadoras en su elección deportiva, u obstaculizando y prohibiendo su práctica. En estas experiencias disímiles en torno a la aprobación o desaprobación familiar del deporte elegido, se puede comprobar el mismo principio subyacente: que una niña jugando al fútbol era un problema porque contradecía los estereotipos culturales sobre lo que constituye un deporte adecuado para las mujeres. El desafío de esos roles de género implicó para las futbolistas sufrir comentarios que las intentaban (re)ubicar en la feminidad:

P: *En esos primeros años, ¿tuviste obstáculos para jugar al fútbol?*

R: *Eh... Más que nada... obstáculos, qué se yo, serían medios... culturales, porque había gente que decía que el fútbol era para varones, no era para mujeres, pero en definitiva yo podía jugar igual. De parte de mi familia... de parte de la familia de mi papá, mucho no estaban de acuerdo. Mi mamá fue la que más me apoyó en eso, fue como “mi hija quiere jugar al fútbol, va a jugar al fútbol, no me importa lo que digan”, como que me re apoyó, me re llevaba a todos lados, y por eso también pude seguir (...)*

P: *¿Esos obstáculos culturales, vos los sentiste? ¿O sea, escuchaste comentarios referidos a vos?*

R: *[me mira como si la respuesta a mi pregunta fuera evidente] ¡Sí, obvio! “Ahí está la machona” o cosas así que no tenían nada que ver... pero bueno (Yanina, UBA, 24 años)*

La categoría de *apoyo* aparece reiteradamente en los relatos de las jugadoras, al reconocer actores que respaldaron su decisión de jugar al fútbol frente a la discriminación, las burlas y los mandatos culturales. Sin embargo, se advierte incluso en quienes *apoyaron* a las jugadoras la tensión entre el mandato de feminidad y la elección deportiva:

R: *Eh... Mi familia siempre me apoyó... Mi mamá **obviamente**<sup>6</sup> quería que sea una señorita [actúa esta palabra, quebrando la muñeca y pestañeando], pero era la que me llevaba a los entrenamientos, o sea, no tengo nada que decir a eso, siempre me apoyó. Sí quería... obviamente cuando vengo con alguna lesión me dice: “¡Lorena, no jugás nunca más!”*

P: *O sea, capaz no les gustaba tanto, pero...*

R: *A mamá no le gustaba tanto, pero más que todo porque tenía miedo de que me lastime. Y querían obviamente la nena, que sea bien femenina, y bueno, no estaba pasando eso [se ríe]. (Lorena, Boca, 29 años)*

La idea de femineidad aparece asociada aquí a una fragilidad que no sería compatible con un deporte de contacto. Esta preocupación por la posibilidad de que las jugadoras *se lastimen* apareció reiteradamente en las entrevistas, dando cuenta del peso de los estereotipos de género y la construcción de las mujeres como débiles y delicadas. En el caso de Lorena, tal vez fue la insistencia familiar en que sea *femenina* lo que determinó que dejara el fútbol por unos años para dedicarse a la gimnasia artística, cuando ya no pudo seguir jugando con los varones en su club al cumplir los 12 años.

---

<sup>6</sup> Las negritas en las interlocuciones de las jugadoras indican el énfasis puesto por ellas mismas en determinadas palabras o frases de su alocución.

Como mencionamos, las reacciones de las familias frente al “problema” de que una niña jugara al fútbol son heterogéneas. En algunos casos, las familias no sólo no ayudaron a las jugadoras, sino que se opusieron y rechazaron su elección deportiva:

*Y, medio que a mi mamá no le gustaba que yo jugara al fútbol. Es más, me castigaba porque, tengo dos hermanos más grandes y yo iba a jugar con ellos, y siempre peleábamos, me iba, me buscaba, me encerraba, me castigaba, y yo me escapaba y seguía saliendo a jugar. Es más, tenía amigos... En vez de amigas, tenía amigos, todos iban a golpear la puerta para buscarme para ir a jugar a la pelota [risas]. (Jessica, Boca, 26 años)*

La similitud del relato de Jessica con el de jugadoras de generaciones anteriores<sup>7</sup>, muestra la persistencia y la fuerza que tienen los estereotipos de género en el deporte. Estas ideas tienen tal efectividad, que la decisión de jugar al fútbol puede marcar un verdadero punto de inflexión en la relación de las futbolistas con su familia. En el caso de Jessica, su padre y su madre no acompañaron su decisión ni siquiera cuando se convirtió en jugadora de Boca Juniors, uno de los clubes más importantes del país:

*P: Y a medida que te empezó a ir bien, ¿tu familia lo empezó a aceptar un poco más?*

*R: Sí, un poco nomás, nunca me acompañaron*

*P: ¿Nunca?*

*R: Nunca*

*P: ¿Ni siquiera ahora?*

*R: Ni siquiera ahora. Ahora menos que antes [se ríe irónicamente] (Jessica, Boca, 26 años)*

El rechazo de la elección deportiva de Jessica iba acompañado del rechazo de su orientación sexual. En este sentido, Jessica plantea que se sostuvo como jugadora gracias a su pareja, que la acompañó a Buenos Aires para probarse en Boca: *si yo hoy estoy acá es por mi pareja que insistió, porque yo me caí anímicamente, y ella fue la que me impulsó.*

En las historias de las jugadoras entrevistadas, se entrecruzan las valoraciones culturales respecto del fútbol, la forma en que estas se expresan en sus familias y las dinámicas institucionales. La interacción de estos factores condiciona las trayectorias de las futbolistas:

*R: Hubo mucha lucha interna, mucha lucha con mi familia de, yo iba a hockey o iba a fútbol... siempre está el preconceito de, no digo que mi familia lo tenía, pero, “jugás al fútbol sos lesbiana”, o “jugás al fútbol sos macho”, y no es así, o sea, yo no soy lesbiana y me encanta jugar al fútbol.*

*P: ¿Pero en tu familia qué pasó con eso?*

*R: No, como que... lo terminaron de aprender... Y como que, mi papá no me vino a ver nunca a un partido de fútbol hasta el año pasado. Y que sigue diciendo hasta el día de hoy... como que dice que no era un deporte para una mujer. (...) Que eso también te lleva a que a mí me haya costado **mucho** ir a jugar al fútbol, primero porque al club al que yo iba no había, y segundo porque cuando también pude decidir jugar, no sólo teníamos barrera de cantidad de chicas, o preconceitos y demás, sino también por familiares. (Soledad, Sociedad Hebraica, 26 años)*

Como se ve en el relato de Soledad, la oposición de la familia fue un obstáculo difícil de superar, que se sumó a la dificultad de encontrar un club que ofreciera fútbol para mujeres. Ella lamenta no haber

---

<sup>7</sup> Ayelén Pujol recupera la historia de Amalia Flores en un capítulo del libro *¡Qué jugadora!*, donde cuenta que “[mi padre] hacía lo que podía para que yo no jugara a la pelota: por ahí me encerraba y no me dejaba salir, o me pegaba con el cinturón cada vez que me veía jugar” (2019: 187).

tenido la posibilidad de elegir el fútbol cuando era chica y tener que conformarse con hacer otros deportes. En este sentido, la escuela también es señalada como un espacio en el que el fútbol estaba vedado para las mujeres:

*En el colegio no tuve fútbol, pero ni de casualidad. Hacía handball y vóley en la primaria, después en la secundaria hice atletismo, handball, vóley, hockey (...). Yo, jugaba con mis amigos en el colegio, jugaba por ahí con mis hermanos, con sus amigos, en el recreo, nos armábamos la pelotita, todo. Por ahí volvía del cole y me quedaba horas pateando sola en el patio contra la pared, en el paredón. Estaba siempre con la pelota, siempre. Pero pasa que, estaba siempre el tema de “sos nena, no podés jugar”. Pero no sólo de la gente grande, mismo mis compañeros, me decían “no, eso es de varón, sos re varonera, sos re machona, no podés jugar a eso”. Eso como que cuando sos chico, te limita. Por ahí de grande vos podés tomar la decisión de decir, “no me importa lo que digan de mí, voy a jugar”, pero de chiquito, querés formar parte de un grupo de amigos, era como que bueno, si para tener amigos no tengo que jugar, no juego (...). Y bueno, nada, estuve así hasta que terminé el colegio. Dejé de hacer deporte directamente. (Daniela, River, 26 años)*

Frente a la decisión institucional de dividir los deportes por género, impidiendo su acceso a la práctica del fútbol, el recreo funcionaba para Daniela como un espacio de libertad para compartir esa instancia lúdica con los varones. Sin embargo, allí estaba expuesta a las burlas de sus compañeros por jugar a un deporte que no se correspondía con su género. Podemos ver que este patrón se repite en los relatos de las jugadoras respecto de sus infancias, que estuvieron marcadas por comentarios negativos y epítetos como *machona* o *marimacho*. En el caso de Daniela, esos comentarios funcionaron para expulsarla del deporte, y recién a los 20 años, cuando su hermano le comentó que había visto a un grupo de chicas jugando en una cancha cercana, se animó a volver al fútbol.

La historia de Daniela ilustra claramente el funcionamiento de los estereotipos de género, en la medida en que la necesidad de integración social lleva a las personas a adecuarse a estos estereotipos, incluso a costa del propio deseo. En este sentido, “la estabilidad de los estereotipos de género se apoya enormemente en los mecanismos de retroalimentación existentes entre las imágenes mentales y las condiciones reales de hombres y mujeres” (Casares, 2008: 53). Este es un factor fundamental para comprender la invisibilización del fútbol femenino en la historia: la idea de que el fútbol no es un deporte femenino cercenó la posibilidad de muchas mujeres de practicar este deporte, lo que a la vez contribuyó a reforzar la imagen de que el fútbol era sólo potestad de los varones. No tenemos manera certera de saber cuántas mujeres abandonaron su deseo de ser futbolistas debido a la discriminación. La historia de las potenciales jugadoras que no llegaron a serlo, la historia de una ausencia, sólo podemos vislumbrarla a través de aquellas que lograron desafiar los estereotipos y seguir jugando, como Emma y Paula:

*Siempre está la mala visión de la gente, que te ven jugar con varones y te dicen, ahí va la marimacho, y esto que lo otro. Por suerte desde chica siempre tuve una mentalidad que nunca le di mucha bola a lo que dicen, ni bien ni mal. (Emma, Boca, 30 años)*

*Me ha pasado cuando jugaba con los chicos, sí por ahí no querían que juegue, pero fue un tema que a la edad que tenía nunca lo sentí como discriminación. Si hoy me pongo a pensar sí, es un acto de discriminación, pero yo era chica y me divertía jugando y bueno, no querés que juegue, no pasa nada. Pero sí hoy creo que si me tocara ver un caso lo defiendo, porque creo que no está bueno que alguien diga “no, una mujer no lo puede hacer. (Paula, UAI, 28 años)*

Evidentemente, las burlas y los comentarios no afectaron de la misma manera a todas las jugadoras, pero son una experiencia compartida por todas ellas. En ese sentido, el testimonio de Paula da cuenta de la forma en que estas actitudes que habían sido naturalizadas comenzaron a ser percibidas como actos de *discriminación*. Esto se pondrá de manifiesto claramente en el relato de las jugadoras sobre sus vivencias en los clubes de fútbol.

#### 4. Claro, porque somos mujeres: jugar en un club de fútbol

La mayoría de las jugadoras entrevistadas comparte la experiencia de haber sido expulsadas del fútbol infantil a partir de una determinada edad, que varía entre los 10 y los 13 años. Como me explicó Paula, a partir de ese momento la competencia es *en cancha grande* y *por los puntos*, y las ligas no permiten que las niñas continúen jugando con los varones. Este hecho marcó para muchas un quiebre en sus historias futbolísticas, llevándolas a abandonar el fútbol durante un tiempo para dedicarse a otros deportes -algunas para retomarlo mucho después- ya que no había equipos de mujeres en los que ellas pudieran jugar<sup>8</sup>. Esta experiencia es particularmente definitoria entre las jugadoras provenientes de pueblos del “interior” del país, que se vieron obligadas a viajar a centros urbanos más grandes (a veces a cientos de kilómetros) para poder tener la posibilidad de jugar. El hecho de que el campeonato de la AFA no sea federal<sup>9</sup>, implicó también para estas jugadoras tener que viajar a Buenos Aires para probarse en alguno de los equipos que participan del torneo. En los relatos de estas jugadoras aparece el deseo de *probar que podían* jugar al máximo nivel, y así demostrarse a sí mismas que tenían la habilidad y la persistencia necesarias para jugar en *Primera*. La organización binaria y centralizada del fútbol marcó las vidas de estas jugadoras, que debieron tomar decisiones difíciles y realizar diversos sacrificios, como alejarse de sus seres queridos, para poder sostener sus proyectos.

Tras pasar las pruebas y haber *quedado* en un club, las futbolistas se encontraron con instituciones muy distintas entre sí. En el momento en que fueron realizadas las entrevistas para esta investigación, sólo un puñado de clubes pagaba un *viático*<sup>10</sup> a las jugadoras del plantel. Paula contó que a través de UAI Urquiza consiguió trabajo en la recepción de un colegio. El club además paga el alojamiento de todas las jugadoras, los almuerzos, los viáticos y una beca de estudio. Gabriela Garton ha comparado estas prácticas con el “amateurismo marrón” de los años 1930 del fútbol masculino, donde en un sistema supuestamente amateur algunos clubes ofrecían una serie de beneficios para atraer a las mejores jugadoras (2018: 87). El club Boca Juniors también pagaba un viático a las jugadoras, y tenía a disposición un departamento para albergar a las que provenían de otras provincias. Emma comparaba los beneficios otorgados por su club con la situación de otros equipos:

*Yo creo que Boca es, dentro de todo, uno de los mejores. En eso no nos podemos quejar, porque nos dan obra social, no nos tenemos que preocupar por la ambulancia, por el policía, por si está el médico. Viste que hay otros equipos que tienen que vender rifas... eso corre todo por cuenta de Boca. Si bien el viático no es para vivir, te ayuda para viajar, y después el tema de la obra social. (Emma, Boca, 30 años)*

Boca se ocupaba de cubrir todos los gastos operativos necesarios para participar del campeonato de Primera División de AFA. Sin embargo, en la mayoría de los clubes la situación era diferente, las jugadoras no recibían un pago por su práctica, e incluso, en algunos casos, debían pagar una cuota de membresía, además de conseguir fondos extra para costear su indumentaria, pagar la ambulancia o los efectivos policiales necesarios para garantizar la seguridad en los partidos. Todo esto tenía implicancias para la organización del torneo:

*El local tiene que pagar la policía, el médico y la ambulancia. A nosotras nos ha tocado una vez viajar a Campana y que no haya policía. Viajamos 2 horas al pedo. Y ahí se reprograma, pero al reprogramarse tienen que pagarle todo al visitante. Entonces cuando se suspende muchas veces entregan los puntos y se ahorran la plata. Pero está mal en realidad, tendría que haber una sanción.*

<sup>8</sup> En la actualidad, esto sigue sucediendo, una serie de casos como el de Candelaria Cabrera o Martina Raspo han motivado campañas para defender el derecho de estas niñas de jugar al fútbol.

<sup>9</sup> Al día de la fecha, el único club del país que participa del torneo de Primera División, que no pertenece a la Ciudad o a la Provincia de Buenos Aires, es Rosario Central (Santa Fe).

<sup>10</sup> Monto de dinero destinado a cubrir el costo de los viajes a entrenamientos y partidos. Una práctica común en los clubes de fútbol es otorgar un mayor viático a las mejores jugadoras.

*Cuando no te presentan un equipo... o cuando se retiran a mitad del torneo, te cagan todo el torneo. Tendría que haber una multa o una sanción económica para el club, y que no sea ni siquiera para el femenino, que sea para el club, para que, aunque sea te banquen en lo mínimo. Porque hay clubes que sólo tienen el nombre, después se bancan solas las chicas. (Fernanda, San Lorenzo, 30 años)*

Estos testimonios dan cuenta de las asimetrías entre los clubes de AFA y las consecuencias negativas que esto acarrea en términos de la competencia entre clubes. No es casual que los clubes más dominantes de los últimos años hayan sido Boca y UAI (junto con River y en menor grado San Lorenzo), ya que estos clubes ofrecen las mejores condiciones de entrenamiento a sus jugadoras. La enorme diferencia que establecían estas instituciones respecto de sus contrincantes muestra que lo que allí ocurría era la excepción más que la regla.

Sin embargo, más allá de las enormes diferencias entre los clubes, son notables algunas similitudes en las experiencias de las jugadoras. En sus relatos aparece constantemente la comparación con el fútbol masculino, respecto del trato diferencial y la menor importancia que los clubes le otorgan al *femenino*. Una de las preocupaciones recurrentes es la de la disponibilidad de campos de juego para los entrenamientos en horarios acordes a las necesidades de las jugadoras. Todas ellas plantearon que sus clubes priorizaban a los hombres (no sólo a los mayores, sino también muchas veces a las divisiones juveniles) por encima de las mujeres, dejándoles las peores canchas y los horarios más incómodos:

*Hasta hace poco pasaba el tema de cuando íbamos a la hora de entrenar estaban los chicos de inferiores entrenando y tenían que pensar con nosotras de llevarnos a otro lugar, a veces íbamos a un playón y entrenábamos ahí porque la cancha estaba usada por los chicos, sabiendo que nosotras determinados días y de 3 a 5 entrenábamos. Claro, porque somos mujeres (...). Nosotras teníamos que improvisar de irnos a otro lugar, que eran otras comodidades... o sea, nos caía mal porque claro, siempre como que las mujeres, o sea, no... los pibitos son los que nos dan los ingresos. (Jessica, Boca, 26 años)*

La idea de que los varones son considerados una *inversión*, mientras que las jugadoras son entendidas como un *gasto* por parte de los clubes, es una constante en los testimonios de las futbolistas. Sin embargo, incluso en clubes donde el fútbol masculino no representaba un negocio redituable, las mujeres se sentían subvaloradas, como lo demuestra la experiencia de Soledad en Sociedad Hebraica:

*Hay un espacio donde nosotras entrenamos durante la semana. Teníamos la peor cancha de todas, y los chicos de primera jugaban en la mejor. Así tuvimos un montón de lesionadas, en la última parte del año se nos lesionaron 3. (...) Nosotras solicitamos que se hiciera rotación de cancha, y no nos hicieron rotación de cancha nunca. ¡Pagábamos la misma cuota! Teníamos una cuota deportiva que era la cuota que pagaban todos los equipos. Entonces, ¿por qué a nosotras nos daban la peor cancha? (Soledad, Sociedad Hebraica, 26 años)*

A excepción de las jugadoras de UAI Urquiza y Boca, otra experiencia compartida por las futbolistas es la de la falta de acceso a indumentaria adecuada para realizar su actividad deportiva. Es común que los clubes les entreguen a las jugadoras camisetas con talles masculinos, incluso usadas previamente por los varones:

*En River tenemos las que sobran de los hombres... o sea, tenemos remeras, y todo el equipo, o sea, tenemos todo, no me estoy quejando, no quiero que esto sea una queja, porque no lo es. Usamos remeras que son al cuerpo, pero porque son talle S, son las de los varones. (...) Pero habían venido hace poco a traernos unas remeras corte femenino que eran **muy escotadas**. Porque no eran para jugar, eran las que usan las chicas que son hinchas para ir a la cancha, entonces eran **muy escotadas**. Si vos jugás con eso, quedabas en bolas. No, no podías jugar. (...) Igual, estamos bien, no nos falta nada, no quiero que esto suene a queja. (Daniela, River, 26 años)*

*Nosotras teníamos las camisetas que habían pertenecido a los hombres, que nos quedaban grandes. No teníamos el talle femenino. Cuando mandaban a hacer ropa nueva, poníamos la misma cantidad de plata que todos, qué se yo, el talle era de hombre, no era de mujer. O sea, nosotras pedíamos talles de chico, de nene chiquito, ¿entendés? A ver, mi cuerpo no es el mismo cuerpo y no tiene la misma forma que el de un hombre. Tengo otras curvas, tengo otras... para mí en particular era incómodo. Qué se yo, usar una remera que me quedaba por el piso, o tener un short que nunca sabés qué talle pedirte, porque si te pedís el más grande te queda grande, y si te pedís el chiquito se te marca todo y... yo no jugaba muy cómoda con el equipo. Pero, por ver que todas las compañeras de otros equipos tenían las mismas condiciones no significa que uno tiene que aceptarlo, porque no está bien. (Soledad, Sociedad Hebraica, 26 años)*

Frente a la incomodidad que representaba utilizar vestimenta inadecuada, que exponía sus cuerpos, la solución que encontraron Soledad y sus compañeras fue organizarse entre las jugadoras para comprar su propia ropa: *Conseguimos mejores precios, talles que eran para nuestros cuerpos, y fue como una forma de cuidarnos nosotras, nuestra imagen, y sentirnos cómodas con lo que nos ponemos.*

La desigualdad de género en los clubes de fútbol conlleva múltiples consecuencias para las vidas de las jugadoras. En general, deben complementar su práctica deportiva con otros trabajos (y muchas veces también carreras universitarias) para poder sostenerse económicamente a corto y largo plazo. Esto afecta su rendimiento deportivo y sus proyectos de vida, ya que muchas sueñan con jugar en países donde el fútbol femenino sea más valorado -tanto simbólica como económicamente- que en Argentina. Además, las condiciones precarias en las que entrenan exponen sus cuerpos a lesiones por jugar en campos de juego en mal estado. Esto lleva a que muchas jugadoras lleven las marcas de esa discriminación en sus cuerpos, sometidos a múltiples intervenciones quirúrgicas evitables.

El peligro de la discriminación de género para la salud de las deportistas quedó de manifiesto en el relato de Lucía, quien sufrió taquicardia luego de un partido y tras realizarse estudios descubrió que necesitaba una operación en el corazón. El club en el que jugaba en ese momento, sin embargo, no afrontó los gastos de la intervención:

*Es el día de hoy que estoy esperando que me llamen para operarme. O sea, [el club] no se hizo cargo... porque nos mintieron, dijeron que teníamos la obra social y no la teníamos. (Lucía, Boca, 21 años)*

A pesar de la desigualdad y la discriminación que sufren en sus clubes, las jugadoras se sienten agradecidas y se identifican con la institución a la que representan y esto les genera contradicciones a la hora de hablar de estos temas. Se observa una tensión entre la necesidad de visibilizar las dificultades cotidianas para llevar adelante su práctica deportiva y el agradecimiento a sus clubes por brindarles la posibilidad de *hacer lo que les gusta*, más allá de las condiciones desfavorables en las que juegan y entrenan. En ese sentido, Soledad dijo tener una *lucha interna*, ya que reconocía que su club les proporcionaba condiciones más favorables que otros, pero a su vez se sentía discriminada hacia el interior del club frente a los demás deportistas y calificaba el trato hacia las jugadoras de fútbol como *violencia simbólica*. Sin embargo, también se mostraba agradecida con la institución, aún luego de que Sociedad Hebraica cancelara el fútbol femenino aduciendo falta de presupuesto, porque según ella *Hebraica fue el primer club de la comunidad [judía] que puso el fútbol femenino en la agenda y que nos hizo entrar en AFA. Fue el innovador, y después a partir de eso muchos clubes de la comunidad han querido tener fútbol femenino.*

La situación de precariedad en términos de las condiciones de contratación y juego es la misma en casi todos los clubes, así y todo, las jugadoras acceden a jugar en estas condiciones, a las cuales reconocen como indignas e injustas:

*Y por ahí en Boca también se exige más de lo que nos corresponde realmente, pero después te ponés a pensar y decís: qué hipócrita que es todo, que en un lado te dan lo básico y bueno, como que te conformás, por así decirlo, y en otro lado ni lo básico te dan. Pero bueno, como te digo, es una*

*lucha constante de poder tener derechos y por ahí tener espacios para hacer las cosas mejor (...). Pero bueno, creo que en algún momento esto tiene que cambiar.* (Lucía, Boca, 21 años)

Conociendo las dificultades que implica practicar un deporte considerado masculino, las jugadoras a veces se conforman solo con poder jugar. Sin embargo, no se trata de una aceptación pasiva, ya que como veremos en el apartado siguiente, la denuncia de la discriminación que viven y la violencia de género que experimentan, ha dado lugar a una lucha por modificar su situación.

## 5. Seguramente habré tomado más conciencia: la lucha de las futbolistas

Hasta aquí hemos retratado algunas experiencias comunes de las futbolistas argentinas que debieron sufrir los comentarios y la discriminación, los intentos de reubicarlas en roles “femeninos”, y las condiciones precarias de entrenamiento en sus clubes. Son relatos de dolor y sacrificios, de superación de adversidades para sostener sus “proyectos” en contextos desfavorables, pero también de placer por practicar el deporte que aman. Por otro lado, en los relatos de las jugadoras se pueden constatar los cambios que se suceden en los significados culturales del fútbol a lo largo de sus vidas:

*Yo veo que cada vez juegan más chicas al fútbol. Yo antes iba a una canchita y no veía chicas jugando. Y hoy hay miles de torneos. De a poco la sociedad va aceptando. Pero sigue siendo machista.* (Fernanda, San Lorenzo, 30 años)

*Yo creo que cambió un montón. Yo creo que ahora a un nene le decís que jugás al fútbol y no te dice nada, no te dice “pero sos mujer”, antes por ahí te lo decían. Yo tengo muchos sobrinos, a veces voy a cuidarlos, y tengo uno que es varón, y por ahí está jugando con sus amigos y les dice “jella juega al fútbol! juega en River!”. O sea, como que te ven como alguien... Con orgullo, no con vergüenza.”* (Daniela, River, 26 años)

Esos cambios culturales, que llevaron a las futbolistas de la *vergüenza* al *orgullo*, se aceleraron en los últimos años, motorizados por las movilizaciones feministas que se sucedieron a partir de la marcha “Ni Una Menos” del 3 de Junio de 2015. El cuestionamiento de la desigualdad de género tomó fuerza en diversos ámbitos sociales, y el deporte no fue la excepción. Sin embargo, esos cambios culturales no encontraban un correlato institucional en los clubes y en la AFA. Las futbolistas entrevistadas expresaban su enojo e indignación frente a una situación que entendían como injusta, y se quejaban por la falta de apoyo y reconocimiento dentro de la disciplina y de los sacrificios que tenían que realizar. En este marco es que la denuncia por la *violencia de género* en el deporte y la reivindicación de la *lucha* por más *derechos* toman fuerza como maneras de interpretar la propia experiencia por parte de las futbolistas.

La lucha del fútbol femenino adquirió repercusión masiva a partir de la protesta pública de las jugadoras de la Selección Argentina durante la Copa América 2018. Durante la misma, las jugadoras posaron para una foto oficial llevando sus manos detrás de sus orejas<sup>11</sup>, pidiendo que sus reclamos por mejores condiciones de entrenamiento y una mayor valoración de su práctica fueran escuchados. El reclamo llegó a los medios de comunicación y fue amplificado en redes sociales por agrupaciones feministas que se hicieron eco de la lucha de las futbolistas, visibilizando su problemática de una forma inédita. Este suceso marcó un punto de inflexión en la relación entre el fútbol y el feminismo.

Unos meses más tarde, en enero de 2019, la jugadora Macarena Sánchez Jeanney fue desvinculada del club UAI Urquiza, dejándola imposibilitada por reglamento para jugar en otro club hasta que finalizara el campeonato y se abriera el libro de pases seis meses más tarde. Asesorada por un colectivo de abogadas feministas, la jugadora publicó un comunicado denunciando que el club encubría su vínculo

---

<sup>11</sup> El gesto de llevar las manos detrás de las orejas en señal de protesta hacia la dirigencia fue popularizado por Juan Román Riquelme, jugador emblema de Boca Juniors, en el festejo de un gol frente a River Plate el 8 de Abril de 2001. En este caso, las jugadoras de la Selección se apropiaron del gesto para poner de manifiesto su descontento frente a la dirigencia de la AFA.

laboral a través de *mecanismos fraudulentos*, mediante los cuales se disfrazaba de amateurismo una práctica que en los hechos se llevaba a cabo de manera profesional. En el comunicado se instaba a UAI Urquiza a reconocer *la relación laboral profesional que existe entre la entidad deportiva y la jugadora reclamante*, a la vez que se reclamaba a la AFA que cumpliera *las obligaciones de no discriminación hacia las mujeres que le atañen como entidad promotora del deporte, entendido éste como un derecho humano fundamental*. Macarena cerró su comunicado proclamando que *el fútbol será feminista, disidente y profesional*. La repercusión mediática que adquirió su caso y la presión de las agrupaciones feministas desencadenaron en que la AFA finalmente decretara la profesionalización del fútbol femenino.<sup>12</sup>

Los reclamos expresados por las jugadoras de la Selección y los planteos de Macarena Sánchez que derivaron en la profesionalización parten de una experiencia común de opresión en el ámbito del fútbol, que comparten con las jugadoras citadas en este artículo (algunas de las cuales fueron protagonistas directas de este proceso por participar en el seleccionado nacional). En este sentido, el caso de las futbolistas en la Argentina muestra cómo sujetas subalternas pueden pasar de sostener una práctica soportando la discriminación, a encarar una actitud de oposición abierta y estratégicamente organizada frente a quienes detentan el poder en el ámbito deportivo. ¿De qué manera ocurrió esta transmutación de la “agencia de proyectos” en “agencia del poder” o “resistencia”?

Siguiendo a Ortner, la noción de “agencia de proyectos” da cuenta de que las actoras “tienen deseos que surgen de sus propias estructuras de vida, incluidas, y en un lugar central, las estructuras de desigualdad; en definitiva, tiene que ver con personas que juegan, o tratan de jugar, sus propios juegos serios mientras otras partes más poderosas tratan de devaluarlas o incluso de destruirlas” (2016: 170). El fútbol en la Argentina constituye uno de tales “juegos serios”, en el cual se dirimen la identidad nacional o barrial, y se construyen masculinidades alrededor de la categoría del “aguante” (Garriga Zucal, 2005). Un juego en el cual las mujeres fueron confinadas a la categoría de actoras secundarias, excluidas e invisibilizadas del deporte nacional por excelencia. Participar de estos juegos culturales suele contribuir a la reproducción social. Sin embargo, Ortner plantea que los juegos también cambian, porque las relaciones de poder son inestables y pueden ser trastocadas por el ingreso de elementos externos imposibles de digerir en tanto “empoderan a los sujetos que normalmente están subordinados y abren la puerta a rebeliones, tanto grandes como pequeñas” (2016: 172).

En ese sentido, las jugadoras de fútbol sostuvieron durante años sus proyectos-construidos culturalmente- sin poner en jaque las estructuras de poder que mantenían la desigualdad y discriminación en el fútbol. Sin embargo, el avance de los feminismos en la Argentina y su llegada al mundo del fútbol, del cual se habían mantenido casi completamente ajenos, proveyó un nuevo marco interpretativo para comprender esas vivencias compartidas, que dejaron de ser naturalizadas para ser problematizadas en términos de discriminación, desigualdades y violencias de género. Al mismo tiempo, las redes de agrupaciones de fútbol feminista, como la Coordinadora Sin Fronteras de Fútbol Feminista, creada en el Encuentro de Mujeres de 2018, proveyeron una plataforma para visibilizar las demandas y apoyar a las compañeras en sus denuncias y reclamos históricos. Las entrevistas que constituyen el corpus de este artículo se realizaron en este marco:

*Yo escribía del feminismo, por ahí sin nombre. (...) Y a partir de lo de Hebraica es que tuve una voz para poder poner esto y darle visibilidad, a lo que pasa con la violencia en el deporte. Seguramente habré tomado más consciencia, porque bueno, uno toma consciencia a partir de que le pasa lo que le pasa a una persona, ¿no? (Soledad, Sociedad Hebraica, 26 años)*

Soledad tomó consciencia de la violencia de género a partir de experimentarla en carne propia. Sin embargo, también fue necesario un contexto que permitiera transformar esas vivencias personales en

---

<sup>12</sup> El comunicado de Macarena Sánchez puede leerse completo en el siguiente link: <https://twitter.com/Macasanchezj/status/1087497637824286720> (Consultado el 29 de Agosto de 2020). El proceso de profesionalización del fútbol femenino se encuentra en pleno devenir. En la actualidad, la AFA sólo plantea la obligatoriedad para los clubes afiliados de pagar 8 contratos para jugadoras de fútbol. Un relato más detallado de estos procesos puede encontrarse en Álvarez Litke, 2020.

políticas, al ponerlas en diálogo con otras experiencias similares que daban cuenta de una situación estructural desigual e injusta. En este sentido, el avance del feminismo fue una condición de posibilidad para el estallido de los reclamos del fútbol femenino, pero también lo fue la persistencia de las futbolistas para sostener sus proyectos durante tantos años en condiciones adversas. El deseo de jugar al fútbol es, después de todo, lo que están defendiendo a través de sus reclamos. Como plantea Ortner, “quizá siempre esté en la naturaleza de la resistencia proteger proyectos o, en realidad, el derecho a tener proyectos” (2016: 169).

## 6. Conclusión

La cabeza de una muñeca en un museo de fútbol condujo a indagar en este artículo acerca del sentido de una serie de experiencias compartidas por mujeres futbolistas. Desde sus primeros acercamientos a la pelota jugando con varones, el fútbol ha ocupado un lugar central en la vida de estas mujeres y ha sido una parte fundamental de su construcción identitaria. La experiencia de haber transitado sus carreras futbolísticas en un país donde el fútbol era considerado un atributo exclusivamente masculino marcó las vidas de las jugadoras, que debieron soportar reiterados intentos para ser reubicadas en roles “femeninos”. Los relatos presentados en este artículo dan cuenta del dolor, la bronca e impotencia que han sentido estas mujeres a partir de sufrir en sus cuerpos la discriminación y la desigualdad de género en un ámbito profundamente machista. Sin embargo, también dan cuenta de los cambios culturales que marcan que las burlas que ellas sufrieron ya no representan el pensamiento mayoritario, y que la identidad de las futbolistas está pasando de la *vergüenza* al *orgullo*.

En este sentido, el fútbol femenino, como cualquier hecho social, es dinámico. Tanto su organización estructural como las representaciones, imaginarios y significados asociados a él pueden variar, y se encuentran en un punto de inflexión tras el anuncio de la profesionalización de la disciplina en el 2019. Algunas de las transformaciones ocurridas, como la introducción de la obligatoriedad de tener reserva e inferiores de fútbol femenino en los clubes, contribuirán en el futuro a evitar lo que atravesaron la mayoría de las jugadoras a lo largo de sus recorridos: que tuvieran que abandonar el fútbol cuando llegaron a una edad en la que no les permitían seguir jugando con varones. Los avances materiales, tales como la ampliación de la cobertura de contratos para incluir a los planteles completos, aún están en disputa. En términos simbólicos han ocurrido grandes conquistas como la visibilización y celebración de los logros de la Selección femenina de fútbol o la recuperación de la historia de las Pioneras del Fútbol Femenino. Se trata de un proceso en pleno devenir, con avances, tensiones y retrocesos.

Las experiencias del grupo de jugadoras presentadas en este artículo retratan un momento particular de la historia del fútbol femenino, en el que una historia de vejaciones e invisibilizaciones estaba dando paso a una mayor aceptación de este deporte para las mujeres, al calor del avance de los feminismos en la Argentina. Dar cuenta de esas experiencias, enmarcarlas en su contexto histórico, nos permite comprender cómo las futbolistas sostuvieron sus proyectos en contextos de extrema desigualdad, y cómo, cuando las condiciones lo posibilitaron, transformaron esa “agencia de proyectos” en resistencia y desafiaron abiertamente a la cúpula del fútbol argentino. La nueva generación de futbolistas vive la época del fútbol feminista –con sus propias disputas y contradicciones–, y será necesario registrar las continuidades y rupturas que se den en esta nueva etapa. Lo que queda claro es que, pase lo que pase, el juego ya no es el mismo.

*Recibido 30 de junio de 2020. Aceptado 15 de octubre de 2020.*

\**Martín Alvarez Litke*, es Becario doctoral del CONICET/ IIEGE (Universidad de Buenos Aires), y Profesor de Enseñanza Media y Superior en Ciencias Antropológicas (Universidad de Buenos Aires). Sus temas de

investigación giran en torno al género, el deporte y el feminismo, focalizándose específicamente en el fútbol femenino y feminista en la Ciudad de Buenos Aires. Correo electrónico: [esnowel@hotmail.com](mailto:esnowel@hotmail.com)

## 7. Bibliografía

- Alvarez Litke, M. (2020). “¿Fútbol femenino o feminista? Disputas de sentido en torno al género y el deporte en Argentina”, en *Kula. Antropología y Ciencias Sociales*. Nffl 22, pp. 9-26.
- Branz, J. B. (2008). “Las mujeres, el fútbol y el deseo de la disputa: cuando lo deportivo debe volverse político”, en *Educación Física y Ciencia*, Vol. 10, pp. 45-57.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Paidós: Buenos Aires.
- Casares, A. M. (2008). *Antropología del género. Culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Cátedra: Madrid.
- Else, B. y Nadel, J. (2019). *Futbolera. A History of Women and Sports in Latin America*. University of Texas Press: Austin.
- Garriga Zucal, J. (2005). “Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia en un grupo de simpatizantes de fútbol”, en *Cuadernos de Antropología Social*, Nffl 22, pp. 201-216
- Garton, G. (2018). *Las Guerreras: Futbolistas, estudiantes, trabajadoras. Un estudio sobre el fútbol de mujeres en el Club Deportivo UAI Urquiza*. (Tesis de maestría). IDAES/Universidad de San Martín: Buenos Aires.
- Goellner, Silvana V. (2007). “Feminismos, mulheres e esportes: questões epistemológicas sobre o fazer historiográfico”, en *Movimento*, Vol.13, Nffl 2, pp.171-196.
- Hartmann-Tews, I. y Pfister, G.. (2005). “Women and sport in comparative and international perspectives: issues, aims and theoretical approaches”, en Hartmann-Tews, I. y Pfister, G. (eds.) *Sport and women. Social issues in international perspective*. Routledge: Londres, pp. 1-14.
- Janson, A. (2008). *Se acabó este juego que te hacía feliz. Nuestro fútbol femenino (desde su ingreso a la AFA en 1990, hasta el Mundial de Estados Unidos en 2003)*. Aurelia Rivera Grupo Editorial: Buenos Aires.
- Jay, M. (2002). “La crisis de la experiencia en la era pos subjetiva”, en *Prismas, Revista de historia intelectual*, Nffl 6, pp. 9-20.
- Moreira, V. & Alvarez Litke, M. (2019). “Un análisis de las representaciones mediáticas y las desigualdades estructurales en el fútbol de mujeres en Argentina”, en *FuLiA / UFMG*, Vol. 4, Nffl 1, pp. 98-116. doi: 10.17851/2526-4494.4.1.98-116
- Ortner, S. (2016). *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*. Universidad Nacional de General San Martín: Buenos Aires.
- Pujol, A. (2019). *¡Qué jugadora! Un siglo de fútbol femenino en Argentina*. Ariel: Buenos Aires.
- Scott, J. W. (1999): “Experiencia”, en *Hiparquía*, Vol. X, Nffl 1, pp. 59-83.
- Trebisacce, C. (2016). “Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista”, en *Cinta Moebio*, Vol. 57, pp. 285-295. doi: 10.4067/S0717-554X2016000300004